

«Mis hijos han pasado un año malo»

«Si yo pudiese hacer algo para que esa paz llegase, lo haría ahora mismo», asegura en medio de los recuerdos que jalonan su casa

J. R. SAN SEBASTIÁN

Amaya Guridi no puede evitar emocionarse al recordar a su marido. En realidad, le tiene presente en todo momento. Sus ojos claros se enrojecen cuando ojea los numerosos recuerdos y fotografías que jalonan las paredes y rincones de la casa familiar. Se detiene junto al árbol que su marido plantó en el jardín y lo mira con una mezcla de nostalgia y congoja.

También evoca aquellos fines de semana en la terraza, donde Santi repasaba papeles y tareas que solía llevarse a casa del trabajo. En ese mismo lugar, Amaya relata entre lágrimas aquellos momentos tan felices que vivió con su marido y amigo. Es una mujer que expresa con una conmovedora intensidad todos los sentimientos de una mujer víctima del terrorismo. Son sentimientos de un sufrimiento.

La viuda de Santi Oleaga habla de sus dos hijos, Ion y Oihana. «Han pasado un año malo. Mi hija echa mucho de menos a su padre, por ejemplo, para ir al fútbol. Santi era un apasionado de la Real. Su gran frustración era no haber podido ser entrenador de fútbol».

Santi y su hija siempre iban juntos a Anoeta. «Ahora voy con ella a ver a la Real. La primera vez que fuimos fue un trago muy duro para las dos. Llegamos al campo y toda la gente de alrededor nos saludó y nos dio un abrazo muy cariñoso».

Otra situación difícil fue cuando Oihana estuvo ingresada en el hospital. «En esas fechas todos echamos a Santi mucho de menos. Fue un momento muy duro. Ahora mi hija

está totalmente recuperada». Amaya añade que su hijo Ion, que estudia cuarto de Empresariales, la misma carrera que su padre, «hablaba con Santi sobre las salidas y prácticas del mundo empresarial y sé que lo está pasando mal y también le echa mucho de menos».

En medio del dolor que padece tras el asesinato de su marido, Amaya Guridi alberga la esperanza de que llegue cuanto antes el fin de la violencia a nuestro país. «Si yo pudiese hacer algo para que esa paz llegase, lo haría ahora mismo», afirma con rotundidad. «Creo que este país no se merece la gran losa del terrorismo que padecemos hace demasiado tiempo», concluye.



Amaya Guridi y Santi Oleaga, en un viaje a Alemania.

me habría quedado encerrada llorando todas esas fiestas. Todo el mundo llevamos la procesión por dentro. Por ejemplo, el pasado 20 de abril tuvimos una misa y una comida familiar para celebrar las bodas de oro de mis padres, y todos le echamos mucho de menos. —Y el 8 de julio iban a celebrar las bodas de plata... —Yo tenía una ilusión tremenda. Le solía decir a Santi que teníamos que hacer un viaje solos. —¿En qué le echa más de menos? —En todo. Sobre todo en la cercanía, en la compañía y en que estaba ahí para cualquier cosa.

Su segunda casa

—¿Se acuerda de la última vez que estuvo con su marido?

—(Tarda unos segundos en responder y se vuelve a emocionar) No me acuerdo. No sé. Yo creo que tuve una especie de shock y no lo recuerdo. Ese día me enteré por la radio. Desayunamos juntos, le despedí y se marchó. Yo estaba en mi habitación para ir al colegio y escuché estas palabras: ‘Ha habido un tiroteo en Matía’. Lo primero que pensé fue en la calle Matía y en un atraco. No oí nada más y me fui hacia el colegio. Al rato me llamaron de dirección. Pasé a una sala y tampoco se sabía si era él o no. Me dijeron que había habido un atentado y la coordinadora empezó a llamar a la Ertzaintza. Al principio dijeron otros nombres. Y yo le decía: ‘Ya te estoy diciendo que no es él, que además no puede ser’. Hasta que al final confirmaron la noticia, pero seguía sin creérmelo. Yo decía que no, que sería otra

persona. Luego vinieron dos ertzainas y me llevaron a casa. —¿Cómo era su marido? —Era una persona muy entregada a su trabajo y a su familia. Estaba preocupado por sus hijos, por sus estudios, y por su mujer. A casa traía preocupaciones del trabajo que compartía conmigo. Era muy responsable y daba muchas vueltas a las cosas. Dormía con sus problemas. Necesitaba mi ánimo. Su vida eran ‘El Diario Vasco’ y su familia. Yo he ido un do-

mingo con él al periódico a contar las bobinas de papel. Iba feliz. Ojalá llegase otra vez ese momento. El periódico era su segunda casa y trabajaba al máximo para que todo saliera bien. Estaba muy entregado a su profesión. Era una buena persona, incapaz de hacer daño a nadie. Era buenísimo. Además, también llevaba las cuentas de la casa. —¿Ha sentido durante este tiempo la solidaridad y el apoyo de la gente?

PAISAJE DE LA MEMORIA

ALBERTO SURIO

La soledad de las víctimas del terrorismo es como un agujero negro en la conciencia colectiva, la vieja herida vasca que no cesa de sangrar en el universo de nuestros tiempos. Más allá de recurrentes retóricas, al final lo que queda de verdad es esa mirada perdida en el horizonte, esa angustia atrapada entre cuatro paredes, el miedo al vacío en las fechas señaladas y la tristeza infinita en un pozo sin fondo una deslumbrante mañana de primavera. El barco de la muerte frente al muelle de la vida, algo tan desgarrador y tan sencillo al mismo tiempo. Frente a la parafernalia artificial de las palabras, convertidas en afilados cuchillos de papel, tantas preguntas sin respuesta y tantas lágrimas nos interpelan moralmente hacia lo más íntimo que escondemos tras la coraza profesional, un blindaje de escepticismo para no descomponer la figura en el ejercicio del día a día en defensa de la libertad de expresión y de opinión.

Hace un año, un día como hoy, Santi Oleaga moría asesinado por ETA. Entonces, conmocionados y aturridos por el crimen, afirmamos que no queríamos ser héroes ni mártires, que ni siquiera aspirábamos a ser periodistas valientes, que reivindicábamos la dignidad como personas, que no queríamos huir porque este país ha sido, es y será nuestra casa y no nos sentimos culpables de nada. Y a pesar de que el túnel vasco, la sinrazón crónica, casi nos obsesiona, como admitía Santi entre las mesas de la redacción del periódico días después del asesinato de Froilán Elespe.

Hace un año que lloramos a Santi y hoy le seguimos recordando con un profundo sentimiento, sabiendo que al final sólo queda un gigantesco drama humano ajeno a otras disquisiciones; y lo hacemos evocando que su mensaje vital era todo lo contrario del derrotismo destructivo que a veces acecha con la bandera amenazante de la resignación y el fatalismo. Recordamos el perfil preocupado e inquieto de Santi y abogamos por reconstruir con paciencia los puentes de inteligente complicidad destruidos por el odio, que siempre es un fruto traumático del miedo, por el fanatismo y por la ignorancia. Porque los conflictos son inherentes a las sociedades complejas pero la civilización y la democracia ofrecen precisamente cauces y reglas de juego para poder encauzarlos con madurez al margen de la barbarie sectaria, de la liquidación y del exterminio físico del discrepante.

Nos acordamos de Santi porque los protagonistas últimos de esta

terrible y dramática partida son personas como él, de carne y hueso, con sus familias destrozadas, con viudas y huérfanos que nunca comprenderán por qué perdieron un día maldito del calendario a sus seres queridos —personas decentes y buenas, comprometidas con su país y trabajadoras— y que fueron sorprendidas por el culto al espanto dictado por un terrorismo ensorbecido en su fracaso y en su arrogancia, incapaz de salir de su espiral de locura y de muerte y envalentonado por la incapacidad de la sociedad para impedir su reproducción. Son las piezas absurda y cruelmente sacrificadas en un perverso tablero en el que se libra un extraño y agónico pulso de poder y de legitimidad, de orgullo y agravio, en el que se vulnera el derecho a la vida como en una macabra ruleta rusa. Mientras, un nuevo ejército de amenazados y escoltas se apodera de la geografía vasca como un aberrante ejercicio de cotidiana rutina.

La enfermedad es grave y profunda, ciertamente, y hunde sus raíces en una enquistada frustración que necesita tiempo, legalidad y una verdadera cultura de paz y pluralismo en las nuevas generaciones aunque los actores de este rancio libreto del terror se resistan a cambiar de aguja para no mirarse en el espejo de su propio abismo.

La amargura de las víctimas de la violencia nos rescata desde dentro valores como la solidaridad, la compasión y la piedad, nos toca la fibra más íntima frente a la presión de una aparente normalidad que salta por los aires en cuanto se escarba la superficie. Algún día, incluso, puede que se hable de reconciliación, aunque la capacidad de perdón sea sólo personal e intransferible y el sufrimiento —«depende del dolor con el que se mire», escribió una vez el uruguayo Mario Benedetti— y la crueldad acumulados retraten con precisión meridiana a los verdugos y a las víctimas. Testimonios como el de Amaia sobrevuelan impacientes sobre la pista de aterrizaje de ese singular instinto de supervivencia que suele permitir a las personas y a las sociedades salir siempre hacia adelante a pesar de las peores adversidades. Sus palabras desgarradoras se transforman en un rayo luminoso y cierto que nos estremece en el rincón recóndito de nuestra humanidad, que siente la vida y sufre la muerte. Su desahogo constituye un gesto descarnado y sincero, auténtico y realista como ese árbol joven que Santi plantó en su jardín, un árbol de la memoria y de la vida, hermosa metáfora del paisaje mutilado del sentimiento que nunca olvidaremos.

—Ha habido mucha gente que ha tenido miedo de acercarse. De todas maneras, me he sentido muy apoyada, y especialmente por ‘El Diario Vasco’, que ha estado en todo momento ayudándome para todo lo que he necesitado. —¿Ha vivido la soledad de la víctima? —Sí. La mayoría de la gente, y sobre todo mi familia y quienes me han rodeado, sí han estado echándome una mano. Pero el otro día, una persona que me conocía de

pasear con Santi se me acercó y me dijo: ‘Hasta ahora no me he atrevido a acercarme de la pena que sentía. Se me revuelve todo al verte. Y ahora me siento aliviada’. Era una persona de la calle. No se atrevía. Creo que hay mucha gente a la que le falta ese arranque. La sociedad debe perder el miedo para acercarse a una víctima. El otro día le dije a la viuda de Froilán Elespe que no estaba sola. Y me di cuenta en su mirada que lo agradecía.